

MILLS BELLENDEN

ESPADAS Y ROSAS



VESTALES

ESPADAS
y
ROSAS

MILLS BELLENDEN

Prólogo

En el verano de 1715, un rumor se extendió por toda Escocia. El heredero al trono, Jacobo Estuardo, estaba dispuesto a reclamar sus derechos al trono de Inglaterra. De inmediato, el conde de Mar convocó a los clanes escoceses en Bræmar, donde se le juró lealtad al legítimo heredero. Las hostilidades entre ambos países fueron manifiestas, y las victorias comenzaron a sonreír a los jacobitas ante la incredulidad de los británicos. Pronto empezó a correr la leyenda de que los jacobitas contaban con algún aliado entre las tropas inglesas. Alguien capaz de deslizarse entre los despachos y los campamentos obteniendo información valiosa para la causa escocesa. La osadía y la afrenta a sus enemigos llegaban al máximo cuando este personaje se marchaba dejando como firma un distintivo con espadas y rosas que demostraba su visita. ¿Quién podía ser tan atrevido como para arriesgar su vida de aquella manera? ¿Un hombre? ¿Una mujer? ¿Un grupo de seguidores de los Estuardo? Alguien que se deslizaba en la oscuridad para ocultar su identidad. Una sombra. Por eso mismo, a causa de lo poco que se sabía de esta persona, tanto británicos como jacobitas comenzaron a llamarla con el apelativo de *La sombra de Escocia*. El ánimo de los jacobitas se vio insuflado por sus hazañas que pronto comenzaron a contarse de padres a hijos; o entre los propios seguidores de los Estuardo. *La sombra de Escocia* dejaba impreso su monograma en varios lugares por donde pasaba: se trataba de un espada que accionaba sobre una rosa: la espada de Escocia que atacaba a la rosa inglesa. Espadas y rosas era su símbolo. Pronto se convirtió en un héroe a quien todos admiraban por el valor derrochado por restaurar al Estuardo.

Pero, del mismo modo que la leyenda surgió con la fuerza repentina de una tormenta en alta mar, se desvaneció con la batalla de Sheriffmuir y con el retorno a Francia

del heredero Estuardo. Muchos fueron los que pensaron que *La sombra de Escocia* había sido atrapada por los ingleses. Otros, que permanecía oculta en algún recóndito lugar de las Highlands. Hubo algunos que pensaron que esta marchó con Jacobo Estuardo a su exilio en Francia. Pero los más atrevidos y los más incondicionales decían que, como nadie conocía su identidad, *La sombra de Escocia* se paseaba tranquilamente por las recepciones de Inglaterra y Escocia recabando información y burlándose de los británicos.

Las renovadas esperanzas de ver a un Estuardo en el trono de Inglaterra llegaron con el hijo de Jacobo: Carlos Eduardo Estuardo, el joven pretendiente. Por aquellos días, muchos eran los que creían que *La sombra de Escocia* volvería a actuar. Enseguida, ese rumor creció como la tormenta. Cuando las fuerzas jacobitas lograron derrotar al general Cope en Prestonpans, corrió el rumor de que un desconocido facilitó un camino secreto a los jacobitas a través del cual lograron sorprender a los ingleses y derrotarlos. ¡*La sombra de Escocia*! El mítico nombre volvió a escucharse de boca en boca en recepciones, fiestas y bailes. Su presencia volvió a insuflar ánimo a seguidores de los Estuardo, que avanzaron por Escocia reconquistando ciudades hasta llegar a la frontera. El aliento y los logros de este personaje animó a los jacobitas a adentrarse en Inglaterra hasta llegar a Carlisle.

Sin embargo, allí, en las puertas del triunfo, los jacobitas comenzaron a retroceder ante el empuje de las tropas británicas. Las derrotas se sucedieron hasta que llegó el desastre de Culloden Moor, y con esa batalla el fin de las esperanzas de miles de jacobitas. *La sombra de Escocia* se desvaneció como el humo de los cañones británicos. El país cayó en desgracia con la nueva derrota, y las sanciones del gobierno inglés arrancaron de raíz cualquier esperanza

de ver a un Estuardo en el trono de Inglaterra. No se volvió a escuchar el nombre de la gran esperanza escocesa. Tan solo quedaron los recuerdos de sus aventuras y sus hazañas. Aunque muchos creyeron que *La sombra de Escocia* había muerto en Culloden Moor, su nombre y su leyenda siguieron vivos en los corazones de los jacobitas, quienes contaron sus aventuras en las frías noches de invierno junto al fuego del hogar.

Capítulo 1

En algún lugar de las Highlands, 1749.

Un golpe seco en la puerta alertó a los hombres que se encontraban reunidos en aquella apartada posada. Se miraron entre sí en un intento por descubrir si alguno conocía al misterioso visitante, pero ninguno emitió palabra. En cambio, se prepararon para defender su vida y, en pocos segundos, los filos de las dagas escocesas, los *dirks*, y alguna que otra arma de fuego salieron a relucir. Las velas que iluminaban débilmente el lugar fueron cubiertas con destreza para evitar que la luz delatara las posiciones de cada uno de ellos.

Era noche cerrada. El viento soplaba entre los árboles con violencia, y una lluvia sesgada caía sobre los postigos de las ventanas. Infinidad de gotas empapaban los cristales e impedían observar el exterior. En medio de la oscuridad, nadie osó moverse por miedo a delatar su presencia; solo el que parecía ser el cabecilla se levantó con sigilo y se dirigió hacia la puerta empuñando su pistola.

Los golpes se hicieron más intensos y frecuentes. Quienquiera que estuviera del otro lado parecía tener prisa

por entrar. El hombre abrió la puerta y dejó una pequeña apertura por la que escuchó las palabras:

—Salve al legítimo heredero. —El visitante mostró a través de la rendija la gorra en la que llevaba prendida una escarapela de color blanco.

La puerta se abrió en cuanto dijo la contraseña y el distintivo de los jacobitas fue reconocido. El personaje entró, se sacudió la capa para desprender la lluvia que lo había empapado. Vestía de negro de los pies a la cabeza y llevaba un sombrero de tres picos.

—¿Trae noticias de Francia? —le preguntaron.

El visitante asintió, mientras su mirada vagaba por la estancia y se fijaba en los rostros de cada uno de los hombres. Luego, procedió a sentarse junto a ellos. No se desprendió del sombrero ni del pañuelo que le cubría la boca y que le distorsionaba la voz.

—¿Y cuáles son esas noticias? —preguntó otro.

—El joven pretendiente aguarda una nueva oportunidad para desembarcar en la costa de Fife —respondió a través del pañuelo, mientras sus ojos centelleaban de emoción al hablar del legítimo heredero al trono.

—¿Contaremos con el apoyo del rey de Francia? —le preguntó otro.

—No puedo asegurarlo. Por ahora lo que debemos hacer es volver a reunir a los clanes leales a los Estuardo.

—No será nada fácil después del fracaso de la última rebelión —informó el que parecía ser el portavoz del grupo.

—Habrá que convencerlos para que hagan un último esfuerzo.

El silencio y el desánimo inundaron las almas de los presentes; después de la derrota en Culloden Moor y de sus nefastas consecuencias, solo un inconsciente se habría atrevido a levantar las armas contra la Corona.

— Qu  har  mientras tanto?

—Recabar  información para nuestra causa —dijo de manera tajante.

—Tenga cuidado.

—Nadie sospecha de mí —dijo con una sonrisa—. Caballeros, brindemos por el rey.

Sobre la mesa se habían dispuesto seis vasos vino. Los hombres los alzaron para brindar.

— Por el rey que se encuentra al otro lado del mar! —exclamaron gritando la proclama de los jacobitas.

—Y ahora, señores, he de partir —les informó mientras se incorporaba.

— C mo viajar ?

—Un coche me aguarda en la puerta. Ruego discreción —pidió antes de dirigirse a la puerta. No quería darles la espalda: no se fiaba de los *chieftains* all  reunidos. Cualquiera de ellos podía ser una espía del rey de Inglaterra. Abrió la puerta y enfrent  al aguacero; ingres  al coche y salió de aquel lugar como si de un fantasma se tratara.

Cuando los hombres volvieron a estar a solas, acordaron convencidos de que en esa ocasión s  tendrían éxito;

contaban con la inestimable ayuda del mejor espía de la causa de los Estuardo: *La sombra de Escocia*.

Capítulo 2

Territorio de los Grandes Lagos, 1749.

Roy Campbell se encontraba preparando el equipaje para partir de regreso a su casa en Gran Bretaña. Estaba tan absorto en la tarea que no se percató de la presencia de una sombra que se arrastraba con sigilo por el porche de la casa. Sus movimientos eran tan ágiles y precisos como los de un depredador antes de abalanzarse sobre su presa.

De repente, el sonido de un crujido alertó a Roy, que dejó de empacar y se incorporó con todos los sentidos en alerta; unos minutos después, retomó la tarea. La sombra deseó que Roy no se hubiera percatado del ruido, por lo que rápidamente se arrastró hasta la puerta, la abrió muy despacio y caminó sobre la mullida alfombra que cubría el suelo de la entrada para dirigirse hacia el lugar favorito de Roy: el despacho. Se asomó con lentitud cuando imprevisiblemente se vio sorprendido por una mano que lo agarró de la ropa y lo arrojó sobre la alfombra haciéndolo rodar. Cuando logró incorporarse, se encontró con Roy en posición de combate y con una amplia sonrisa en los labios. Le tendió la mano y juntos rieron mientras se abrazaban.

—No lo has logrado, Saskatchewan.

Se trataba de un indio alto de piel bronceada. Llevaba la cabeza rapada salvo por un mechón del que pendían unas plumas de cuervo. Escrutó con la mirada a su amigo, y algo que parecía ser una sonrisa se dibujó en sus labios. El guerrero *mohawk* cruzó los brazos sobre el pecho surcado de collares de colores.

—Me estoy poniendo viejo —comentó sin apenas mover sus finos labios.

—Nada de eso —le dijo Roy restando importancia al comentario—. Lo que sucede es que, en ocasiones, el alumno supera al maestro.

—El alumno hace tiempo que ha dejado de serlo para convertirse también él en maestro. ¿Te marchas? —le preguntó frunciendo el ceño mientras dirigía su mirada hacia las maletas apiladas en un rincón.

Roy suspiró.

—Sí; vuelvo a casa.

—¿Echas de menos tu hogar?

—En cierto modo.

—¿Mujer? —le preguntó el *mohawk* mientras entornaba la mirada.

—Sabes que no tengo esposa, ni ninguna mujer que me espere —le comentó entre risas.

—Entonces, debes buscar una —le dijo muy decidido—. Un hombre sin esposa no está completo. —Roy miró a

su amigo—. Si no tienes esposa, ¿por qué regresas a tu tierra?

—Demasiadas lunas lejos del hogar —le respondió Roy empleando una de las muchas expresiones indias que había aprendido de su amigo.

—¿Demasiadas? —le preguntó el *mohawk*.

—Tal vez a ti no te lo haya parecido. Además, mi misión aquí ha terminado. Ya les enseñé todo lo que sabía al ejército inglés. Incluso las técnicas *mohawk*.

—No estés tan seguro, amigo.

—¿Por qué lo dices?

—Pronto, la guerra asolará estas tierras.

—¿Guerra? ¿Qué sucede? ¿Acaso la confederación de tribus indias ha decidido hacer la guerra por su cuenta?

—No hablo de los hurones, ni de los mohicanos, ni de los *mohawks*.

—Tú eres un jefe *mohawk*.

—Cierto. Por eso te digo que esta no es una guerra con los indios.

—¿Entonces a qué te refieres? —le preguntó algo confundido.

—Los habitantes de estas tierras no soportarán por mucho tiempo las reglas de tu rey.

—¿Hablas del rey Jorge?

—Tu rey, sí —asintió el guerrero con determinación—. Los casacas rojas han sometido a indios. ¿Cuánto tiempo tardarán en hacerlo con los colonos de estas tierras?

Roy contempló a su amigo durante unos segundos. No creía, o no quería creer, que pudiera estallar la guerra en el Nuevo Mundo. Para entonces, él estaría del otro lado del océano.

—No creo que llegue ese momento, Saskatchewan.

El *mohawk* lo miró en silencio, mientras Roy terminaba de empacar sus cosas.

—He de irme, amigo. El barco zarpa dentro de dos horas.

—Parte en paz.

Roy estrechó la mano del *mohawk* como única despedida; Saskatchewan no hizo ni un solo gesto. Caminaron juntos hacia la puerta, mientras un mozo entraba en la casa para cargar el equipaje en el coche que lo llevaría hasta el puerto. Roy se volvió una última vez antes de subir.

—Espero volver a verte —le dijo el *mohawk*.

—Si nos volvemos a ver no será aquí; no tengo ninguna intención de pisar nuevamente estas tierras.

—No estés tan seguro. Volveremos a vernos antes de que la luna se complete tres veces.

Roy sonrió y sacudió la cabeza desestimando los vaticinios de su amigo. Subió al coche y aguardó a que se pusiera en marcha mientras contemplaba por última vez la casa en la que había permanecido durante los años que había durado su estancia en el Nuevo Mundo. Se puso el som-

brero y se acomodó en el asiento del carruaje. Volvía a Gran Bretaña. Regresaba para descansar y dedicarse a administrar sus bienes.

Roy Campbell había estado entrenando a los soldados ingleses apostados en las colonias americanas durante los últimos años. Había abandonado Inglaterra durante el último intento de restauración de los Estuardo, que había concluido con la desastrosa derrota para los jacobitas en Culloden Moor. Se había trasladado al Nuevo Mundo antes de esa fatídica batalla. No había querido participar de la guerra contra sus hermanos escoceses; por eso se había marchado de allí. No quería más medallas, ni reconocimientos públicos. No quería que le palmearan la espalda y que alabaran sus buenas acciones en el frente. No. Solo quería poder retirarse a sus tierras escocesas de Argyll para llevar a una vida tranquila y acomodada y ocuparse de sus asuntos domésticos.

Absorto en sus cavilaciones, llegó hasta el puerto donde esperaba el navío que zarparía hacia Inglaterra.

Caminó por la pasarela que ascendía hasta la cubierta. Al llegar a lo alto, el capitán, un hombre entrado en años y con una poblada barba, lo saludó con respeto al verlo ataviado con el uniforme del ejército.

—Bienvenido a bordo, capitán Campbell.

—Gracias, capitán Roxburgh. Aunque prefiero que dejemos los rangos militares a un lado. Llámeme Roy, si le parece bien.

—Como guste.

—Si es tan amable de indicarme cuál es mi camarote, iré gustoso allí.

—Harper, acompaña al señor a su camarote: el veintiuno —le ordenó a un hombre de grandes brazos que recogió el equipaje como si no pesara.

—Sígueme, capitán —le dijo haciendo un gesto con la cabeza.

Roy asintió y se dispuso a seguir al marinero, cuando la voz de una mujer captó su atención.

—¡Es imposible, capitán! ¡Le repito que es imposible!

Roy lanzó una mirada por encima del hombro para ver qué sucedía. Una joven discutía con el capitán. El color de sus cabellos se asemejaba a las hojas en otoño y estaban recogidos con varios alfileres que, a la vez, mantenían su sombrero sobre la cabeza. Llevaba guantes blancos y una sombrilla de paseo. Roy dedujo que probablemente se trataría de alguna joven que regresaba a Inglaterra para completar su educación o, por qué no, a buscar marido. Junto a la mujer estaba su dama de compañía: una señora mayor con un gesto severo en el rostro. Roy no pudo evitar escuchar el resto de la acalorada conversación de la muchacha con el capitán, que ya había logrado captar la atención del resto de los pasajeros y marineros que pasaban por la cubierta.

—Le repito que tenía los pasajes aquí en el bolso —protestaba la muchacha.

—Y yo le repito que si usted no me los muestra no le permitiré subir a bordo.

—Pero...

—De manera que les solicito que haga el favor de abandonar el barco —les indicó el capitán señalándoles el